



CAERÁS EN MI VENGANZA

Marta del Río

CAERÁS EN MI VENGANZA



Primera edición: mayo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marta del Río

ISBN: 978-84-19748-74-4

ISBN digital: 978-84-19748-75-1

Depósito legal: M-16188-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Al meu apreciat tresor i gran sort que Biotecnologia m'ha donat. Tots i cada un dels integrants del meu pilar fonamental, Lliures, sent ells la meva principal font d'inspiració no tan sols per aquesta novel·la, sino per la seva forma tan única de viure cada instant, sempre irradiant felicitat.

Gràcies per tant.

A mi más preciado tesoro y gran suerte que Biotecnología me ha dado. Todos y cada uno de los integrantes de mi pilar fundamental, Lliures, siendo ellos mi principal fuente de inspiración no sólo de esta novel·la, sino de su forma tan única de vivir cada momento, siempre irradiando felicidad.

Gracias por tanto.

AGRADECIMIENTOS

Mis más sinceros agradecimientos a todas y cada una de las personas que me han acompañado y guiado durante todo el proceso y mostrarme su apoyo cada día. No hubiera sido capaz de encauzar tal reto sin su soporte incondicional. Empezando por

Lliures, Laura García, Laura del Río y Judith Massagué. Cuya confianza sin duda fue, lo que me impulsó a empezar esta emocionante aventura, surgida eso sí, de una fuente de inspiración recalable.

Me atrevo a desvelar que cada personaje está inspirado en una persona imprescindible de mi vida.

ÍNDICE

Capítulo 1. Lo sucedido	13
Capítulo 2. Cómo empezó todo	21
Capítulo 3. En busca de un abogado	29
Capítulo 4. Para complicar más el asunto.....	33
Capítulo 5. De camino al paraíso.....	39
Capítulo 6. Soñando despierta	47
Capítulo 7. Un giro inesperado	57
Capítulo 8. ¿Dónde se encontraba esa noche?	65
Capítulo 9. ¿Causa natural u homicidio?	75
Capítulo 10. Preguntas sin respuesta.....	83
Capítulo 11. Largo sueño.....	91
Capítulo 12. Para empeorar más las cosas.....	97
Capítulo 13. Siguiendo pistas	105
Capítulo 14. El pasado siempre vuelve.....	115
Capítulo 15. Todo queda en familia	123
Capítulo 16. Rebuscando encontrarás.....	131
Capítulo 17. Noticia bomba	139
Capítulo 18. Un encuentro particular	147
Capítulo 19. De lo inesperado surge magia	157
Capítulo 20. Supervivencia, ante todo	163
Capítulo 21. El principio del fin	171
Capítulo 22. Primera advertencia.....	175
Capítulo 23. Desenmascarados	179
Capítulo 24. Culpa infundada.....	185
Capítulo 25. La verdad sale a la luz	191
Unos años más tarde	199

CAPÍTULO 1.

LO SUCEDIDO

Al amanecer de un soleado y caluroso 7 de agosto, me desperté repentinamente de la cama y asomé la cabeza por la ventana de mi estancia. Todo había sido una terrible pesadilla, haber sido despedida y ya no ser una de las delegadas de venta de la gran farmacéutica para la que trabajaba. Me arreglé y me fui a desayunar donde me esperaban mis amigos y compañeros de viaje para empezar un nuevo día en esa extraña situación: en cuarentena. Debido a un virus que amenazaba la salud de todo el mundo, llevábamos confinados más de cinco días en un *resort* en medio del océano Pacífico.

El olor a buen café y a *croissant* recién hecho envolvía el ambiente de ese lugar espacioso y luminoso. Tan solo llegar al restaurante los vi, disfrutando de la deliciosa comida ya pagada que, en ese momento, era uno de los únicos placeres aún por disfrutar. Allí estaban, en una mesa redonda justo al lado del ventanal que daba a la piscina. Les hice un tímido saludo con la mano y me dirigí al bufé, lleno de apetecible comida.

Me dispuse a sentarme una vez seleccionado mi preciado desayuno, un cappuccino con leche sin lactosa con cacao en la cima detenidamente polvoreado, un zumo de naranja natural recién exprimido y una tostada con aguacate, cortado finamente a medias lunas con el toque justo de orégano.

—¿Chicos, ¿dónde están los demás? —pregunté extrañada.

—Rubén está haciendo *footing* por la playa en la zona delimitada del hotel y Tamara todavía no ha salido de la cabaña —respondió Alicia.

Me senté convencida por su respuesta y dispuesta a saborear ese desayuno que tanto me apetecía, claramente necesitaba energía para afrontar la lluvia de ideas que habíamos acordado hacer sobre cómo afrontar esa situación. Así que, una vez terminamos el desayuno, nos acomodamos en un rincón discreto y más bien poco soleado de las tumbonas de la piscina, donde Aurora con su libreta tomaba nota de todos los planes que se iban proponiendo.

Nos encontrábamos en un lugar idílico, la distribución del hotel era de lo más conveniente, estaba detenidamente pensada. La piscina reinaba la parte central, rodeada por cabañas con techos de paja oscura en forma de cono reverso, simulando los típicos hogares de la polinesia. Todo el recinto estaba delimitado por un frondoso bosque de un verde impactante y repleto de fauna autóctona de lo más curiosa. Nacía en la piscina del hotel un sendero, estrecho decorado con piedras redondeadas, que marcaba la dirección hacia la playa, dejándose ver esta sutilmente en el horizonte.

Ese paisaje de absoluto contraste entre abundante vegetación y espléndido azul del mar desprendía un aroma singular. Tan solo un respiro hondo en ese lugar te impregnaba de una agradable mezcla entre frescura y brisa marina, para mí, sin duda, la combinación perfecta para desconectar y relajarse. En definitiva, trasportarte a otra dimensión momentáneamente.

Era un día caluroso, en condiciones normales, la piscina del hotel hubiera estado repleta de huéspedes disfrutando del sol, del agua cristalina y de los deliciosos y sofisticados cócteles que se servían en el bar junto a esta.

Obviamente, esas no eran circunstancias usuales, nos encontrábamos en cuarentena. En consecuencia, la mayoría de huéspedes había optado por salir lo mínimo posible de sus cabañas, e intentar respetar siempre la distancia de seguridad que se había recomendado. Debido a esta combinación de factores, nos encontrábamos

solos en la zona de la piscina. Decidimos instalarnos en el lugar que nos pareció más conveniente, el que tenía la perfecta fresca sombra y la privacidad que buscábamos.

Intentando poner todos de nuestra parte, fuimos aportando algunas ideas para hacer de esa cuarentena un pasatiempo algo más entretenido. Surgieron todo tipo de propuestas: juegos de mesa, clases de yoga o *crossfit*. Por el momento, como nos encontrábamos en un periodo muy inicial de esa pandemia y en el hotel no parecía haber ningún caso positivo, las restricciones eran bastante permisivas. Por tanto, aprovechando eso a nuestro favor, también se propuso incluso alguna fiesta dentro del hotel respetando toda medida de seguridad.

—¡Venga va, claro que sí! Hagámoslo, una fiesta de máscaras, o más bien de mascarillas, que parece que eso ahora es el *trending topic* —interrumpió irónicamente Lucas.

Se rieron todos con el comentario y siguieron intentado encontrar alternativas viables. No obstante, en mi mente un pensamiento insistente se repetía, no quería cortar el buen rollo del momento, hasta que la duda pudo conmigo. Cuando me disponía a abrir la boca, Aurora se me adelantó.

—Chicos, por cierto, ¿dónde está Tamara? Son las 12 y ya debería haber bajado, ¿no creéis? —dijo preocupada Aurora.

—A lo mejor ha decidido pasar de esto y quedarse durmiendo o viendo Netflix —comentó Lucas con cara de desear haber hecho lo mismo que ella.

—No es muy propio de ella, eso más bien te describe a ti. Voy a ver si está en su habitación y si está bien —prosiguió Aurora.

—Espera, vengo contigo —dijeron Alicia y Miranda al mismo tiempo.

Las tres se alejaron hacia la habitación de Tamara y nosotros seguimos a la nuestra, cuando de repente se oyó un grito escalofriante que venía de esa dirección.

—¡Aaaaaaaahhhh! —gritaron las chicas.

Nos levantamos todos de golpe y nos dirigimos hacia ellas para ver qué era lo que sucedía. Cuando llegamos allí no podía creerlo.

Empecé a temblar, mis piernas no reaccionaban y parecía haberme quedado sin voz. Me asomé y en ese mismo instante me arrepentí de haberlo hecho. En el suelo frío de una de las cabañas se encontraba un cuerpo conocido y quieto, demasiado quieto. Allí se encontraba Tamara, pálida y sin pulso. Instintivamente nos miramos todos con cara expectante y en silencio. Nadie sabía que decir ni cómo reaccionar, una de las nuestras estaba tendida en el suelo y no parecía mostrar ninguna constante vital activa. Inmediatamente, Aurora y Alicia se acecharon encima de ella para hacer intentos fallidos de reanimación, repitiendo su nombre sin parar con histeria, con la esperanza de que esta aún pudiera oírlos. Mientras tanto, Pablo y yo fuimos a informar al personal del hotel de lo sucedido para pedir ayuda médica cuanto antes.

Por suerte, había un doctor que se encontraba hospedado en el hotel que también estaba de vacaciones con su familia, el Dr. Moreno, sin dudarlo ni un instante fue a coger su maletín de emergencias y nos acompañó a la habitación junto con el director del hotel, los de seguridad y un enfermero que también se hospedaba en el hotel. El médico y el enfermero nos invitaron amablemente a abandonar la cabaña, con tal de poder hacer su trabajo. Estos intentaron hacer todo lo posible para ver si podían hacer algo con el kit de reanimación del que disponían, el cuál era desgraciadamente bastante limitado.

Salimos todos con cara de choque, los ojos como platos enrojecidos por las insistentes ganas de llorar, los pelos de punta y medio temblando. Nos dirigimos al restaurante en busca de un lugar tranquilo y relajado con tal de intentar apaciguar esa ansiedad, fruto de esa situación atónita. Me senté cayendo a peso muerto en una silla, apoyé la espalda y con la mirada perdida, una lluvia de pensamientos pasaba ante mí, una voz entrecortada y llorosa me hizo volver en sí.

—Pue..., puede que consigan reanimar..., mar... la. En ningún momento nos han confirmado nada de su muer... te —comentó casi tartamudeando desconsolado y hecho un mar de lágrimas Rubén.

—Es mejor no perder la esperanza antes de tiempo —le reconfortó Alicia brindándole un tierno abrazo para intentar mitigar su dolor.

Repentinamente, detrás nuestro se oyó un ruido de puerta abriéndose y todos nos giramos expectantes. Entre la deslumbrante luz del sol que alumbraba la puerta apareció uno de los huéspedes que venía a coger un desayuno algo tardío, casi *brunch* de lo tarde que era. Nuestras caras de decepción no pudieron pasar desapercibidas, claramente no era a ese chico de unos 20 años a quien estábamos esperando. Para nuestra calma, al cabo de unos minutos, apareció por la puerta el Dr. Moreno:

—Lamento comunicarles que no hemos podido hacer nada para reanimar a Tamara. No respira, y parece que no lo ha hecho durante bastante tiempo. Sin embargo, no tiene ninguna herida abierta, ni ningún golpe que haya podido causarle su estado. Necesitaría hablar con alguien cercano, para tener un informe médico más concreto y así poder indagar en cuál podría haber sido el motivo. Agradecería que, por favor, no movierais a la víctima, ya que me gustaría proseguir con más pruebas.

Nos miramos todos los unos a los otros con incerteza en busca de consuelo, ya que, ninguno sabíamos cómo reaccionar a una noticia estremecedora como esa. Como acto reflejo, nos acercamos todos nerviosos y con angustia, para ver quién quería ir a hablar con el doctor, quién se sentía con suficiente pulso para hacerlo teniendo en cuenta las circunstancias. Obviamente, ninguno se ofreció voluntario al minuto, cuando fuimos interrumpidos por el doctor.

—Soy consciente de que la situación es desagradable, no les pediría esto si no lo considerara de vital importancia. Para poder proseguir con las pruebas de forma segura, necesito su historial médico de alguien cercano. Es esencial que la inspección sea cuanto antes, previo a que sea imposible examinar el cuerpo debido al extenso tiempo transcurrido —insistió con voz lógica.

Dicho esto, todos dirigimos la mirada hacia Lucas al instante, animándole así a dar el paso.

—Yo..., yo... —tartamudeó Lucas—. Yo... soy su hermano.

—De acuerdo, pues tómate algo de tiempo para asentarte y cuando te veas con fuerzas, me vienes a ver a mi cabaña que es la 12, por favor —dijo el Dr. Moreno con tono comprensivo.

Los llantos y las consolaciones inundaban el ambiente, en un solo segundo había aterrizado una oscura y predominante nube negra que frenaba toda luz. Como consecuencia, las emociones habían cambiado radicalmente, se respiraba un aire de duda y temor nunca antes explorado. Las sonrisas se habían invertido, las miradas en busca de consuelo abundaban y la inmensa incertidumbre albergaba desde ese momento un pánico por venir.

En medio de toda aquella situación, Pablo nos interrumpió:

—Chicos, como sabéis, yo soy policía, no soy detective aún, pero es más o menos el camino que me gustaría tomar. Como en el hotel no parece haber ningún policía y dadas las circunstancias de cuarentena, no va a poder acceder nadie del cuerpo, os sugiero que sea yo quien lidere la investigación. No hay aún indicios de homicidio, pero para seguir el protocolo, empezaría por haceros unas preguntas a todos por separado para tener una mejor idea de lo sucedido aquí. Como bien ha mencionado el médico, la víctima no presenta ningún síntoma de violencia, por tanto, no podemos descartar que haya sido por causa natural. Esperad por aquí y os iré llamando si os parece bien.

Nos quedamos todos en *shock* por la iniciativa que presentó Pablo, sin embargo, dadas las circunstancias tampoco no parecía que hubiera mucha más opción. Aun así, no nos sorprendió demasiado que fuera Pablo el que mantuviera la mente fría y sacara a la superficie su practicidad. Al fin y al cabo, sería una gran oportunidad para su carrera profesional si resolviera el caso y pudiera probarlo ante sus superiores.

Siguiendo, entonces, las instrucciones de Pablo, nos dirigimos todos al interior del *hall* del hotel y nos sentamos a esperar a ser interrogados.

—Estoy que no me lo creo. Buf..., me escalofrió solo de pensarlo, pero creéis que se ha suicidado —dijo Miranda.

—¿Qué dices? ¿Por qué iba a hacer una cosa así y además de vacaciones en un lugar paradisíaco y con sus seres más queridos? —saltó Lucas notablemente irritado.

—Si lo pones así, sería el momento ideal de hacer algo así para dejar un mensaje —comentó tímidamente Lucía.

—¿Pero de qué estás hablando? Tamara era feliz, tenía una salud envidiable, no tenía ninguna razón para quitarse la vida y amargar las vacaciones a los que más le quieren —dijo Rubén contrariado.

—Habla por ti, yo hace semanas que no me dirijo la palabra con ella —susurré yo.

—Magdalena, no seas así, que estamos hablando de una amiga tuya de toda la universidad —la defendió Aurora.

Ese debate fue interrumpido por la grave voz de Pablo:

—Magdalena, tu turno.

CAPÍTULO 2.

CÓMO EMPEZÓ TODO

Un año antes...

Durante las vacaciones de verano, antes de que cada uno se fuera por su cuenta de vacaciones, siempre hacíamos una escapadita a la montaña en una casa rural desamparada con nuestro grupo de amigos de la universidad. Ese año con tal de recuperar energías y respirar algo de aire puro, habíamos decidido ir los Pirineos a pasar un fin de semana largo de verano. Por lo que parecía habíamos elegido bien los días, resplandecía el buen tiempo.

En total éramos 14 en el grupo y de momento, no se traían parejas. Cuando llegamos a la casa ese 8 de julio, primeramente, se desarrolló esa orquesta de abrazos y besos de reencuentro que nos caracterizaban. Las breves puestas al día de que era de nuestras vidas en ese momento, si estabas con alguien, si habías cambiado de trabajo entre otras. Hecha la escena tierna más que necesaria, empezamos a descargar y organizarnos como hacíamos siempre, algunos iban a hacer la compra, otros empezaban a instalarse, y como no, siempre estaba el que decidía ir a tumbarse al sol con una cerveza Estrella Damm y un cigarrillo para empezar bien las vacaciones.

El lugar era idílico, una casa de campo en medio de la nada, a lo alto de una colina, algo escondida entre un frondoso bosque, con un tejado característico de zona rural destacaba en el paisaje. Esta era preciosa, de piedra, decorada a la antigua y estaba rodeada por

frondosos arbustos y dos árboles majestuosos, uno en cada lado de la puerta principal. Toda la escena daba una sensación de paz y de tranquilidad destacable, acompañada por el silencio acogedor de la noche en la montaña, donde tan solo se oía el sonido de los grillos vagamente de fondo.

Levanté la cabeza y no podía creer lo que veían mis ojos, no daba crédito a la cantidad inaudita de estrellas que iluminaban ligeramente ese paisaje de ensueño. Debida a la abundante contaminación lumínica, en una ciudad como Barcelona, esa maravilla de la naturaleza quedaba escondida tímidamente.

El camino para llegar a la casa se había hecho algo tedioso, la interminable carretera de curvas en subida claramente había sacado a la superficie las habilidades de los conductores. Llegamos todos medio mareados a la llanura que desembocaba en la entrada de la casa, aparcamos en el *parking* de tierra exterior y pudimos respirar de nuevo.

Una vez estábamos todos instalados y ya empezábamos a hacer la cena, yo le pedí a Rubén que escogiera alguna habitación para los dos, que esa fuera la oportunidad perfecta para romper con la rutina y probar algo distinto y más emocionante, con tal de reavivar la chispa de nuestra relación. Aunque no quisiéramos admitirlo, habíamos llegado a ese punto en una relación en que después de ocho años juntos, estábamos estancados. Nos conocimos en la universidad y después de unos meses de un tonteo sutil pero perseverante, acabamos encontrándonos como más que amigos.

Tanto nosotros como todo el grupo de amigos que nos encontrábamos en esa casa nos graduamos en farmacia en Barcelona hacía ya unos cuantos años. Una vez la universidad terminó, cada uno siguió con sus vidas, empezamos cada uno un camino distinto, y es increíble de ver, como un grupo que ha estudiado exactamente lo mismo podía encarar su carrera profesional de forma tan diferente. Sin embargo, lo que nos había unido era algo inédito, y sabíamos la suerte que teníamos de habernos encontrado. Por esta razón, cuando nos graduamos acordamos que no permitiríamos ni que

la distancia, ni que nada, pudiera dejar en el olvido aquello construido, por tanto, decidimos mantener ciertas tradiciones que no debían perderse. Entre ellas, la típica cena de Navidad, las *calçotadas* en medio de la finca de Julián donde él mismo nos preparaba los mejores *calçots* de la región, y alguna escapada para recordar nuestra amistad y lo suertudos que éramos de habernos conocido.

Rubén y yo estábamos como pareja desde el primer año de universidad, y durante bastante tiempo fuimos la única pareja del grupo, exceptuando líos varios esporádicos cuando la cantidad de alcohol en vena era considerable.

Tener la pareja en el mismo grupo de amigos tenía muchas ventajas pensaréis, sí, ciertamente las tenía, poder ir de viaje con amigos y pareja al mismo tiempo, salir de fiesta juntos y con el grupo, en definitiva, la mayor comodidad, sin duda alguna, era no tener que dividir el tiempo entre pareja y amigos.

Como todos sabemos, un punto crucial en muchas relaciones es saber encontrar esa balanza ideal, entre tiempo invertido en amigos, pareja, trabajo y familia. La perfección en ese aspecto es más que difícil de alcanzar, no obstante, todo se facilita mucho si puedes combinar dos de ellas.

Esa noche del 8 de julio, la cena lista en la mesa nos llamaba a sentarnos y empezar a disfrutar de esas más que merecidas vacaciones, con la mejor compañía. Como no, acompañamos el banquete con un buen vino adecuado para la situación, teníamos de dos clases para todos los gustos, el típico Verdejo DO Rueda que nos volvía locas a la mayoría de chicas, con ese sutil punto dulce y ese aroma ligeramente afrutado, pero sin ser demasiado empalagoso. Por otro lado, no podía faltar un vino tinto que les encantaba a mayoritariamente a los chicos, yo sinceramente aún no entendía el porqué. A pesar de esto, estaba claro que, de todas formas, el protagonismo se lo llevaba claramente la cerveza.

Con ese magnífico acompañamiento para nuestra cena, todos los cariños y la nostalgia salió a la superficie. Todos explicándonos como echábamos de menos esa vida universitaria, fiestas los jueves

o *juernes* como los llamábamos, las recurrentes escapadas durante los puentes entre muchas otras cosas más. En ese momento era como si nada hubiera cambiado, volviéramos a tener 20 años otra vez y nuestra única preocupación fuera; escoger un conjunto que nos favoreciera al máximo para destacar divamente para salir de fiesta, o ir a la biblioteca para estudiar para un examen al cabo de tres semanas.

En ese momento me interné en mí misma y me pregunté por qué no me sentía como siempre. Faltaba algo. Levanté la mirada y vi a Rubén hablando con todos y riendo con todos, excepto conmigo. No me había dirigido la palabra desde que dejó su bolsa en nuestra habitación, le notaba claramente distante. Me acerqué, le di un beso en la mejilla para mostrarme cercana y salí fuera a hablar con mi hermana por teléfono.

—Hola, Lisa, ¿qué tal? Necesito tu consejo como siempre... Mira, el caso es que Rubén me está ignorando, desde el momento que hemos llegado y esto no era así antes. Me acabo de dar cuenta, lo mejor de estas escapadas era también escapar de nuestra rutina de pareja. Puede que este exagerando, pero necesito esa frase firme y sincera típica de abogada que me vas a soltar para seguir disfrutando de la noche —dije yo.

—Magdalena... siempre exagerando la situación, para variar. Ya que te vas a una casa perdida en el medio del monte, podrías intentar desconectar y disfrutar del principal objetivo de estas escapadas, tus amigos. Por un momento tendrías que pensar que a ellos prácticamente no los ve, en cambio, a ti te ve casi cada día, tía. Yo creo que no significa nada que hoy no te preste toda la atención que tú esperabas. Ya verás, dale un poco de espacio y él solo volverá a echarte de menos —dijo Lisa.

—Puede que tengas razón..., soy estúpida..., debería estar disfrutando yo también de mis amigos y dejar de darle vueltas a este asunto, ¿verdad? —resumí.

—Claro que sí, tía, disfruta de un buen vino y mañana hablamos de lo fenomenal que ha ido. Muchos besos, *sister* —se despidió ella.

—*Ciao*, hermanita —me despedí cariñosamente.